

Escuchar, leer, soñar

Pablo Espinosa

Leer un libro, escuchar un disco, son actos equivalentes a soñar.

No todos leemos de igual manera, es decir: nadie percibe en su imaginario las mismas imágenes que otro lector, así como ninguno de nosotros percibe los sonidos de la música de manera idéntica a como lo hacen los demás.

No hay entonces sueños comunes.

La misma palabra suena a “único, increíble, fantástico, fuera de serie, insólito, imposible”: sueño.

Sueño *ergo* soy.

Cuando leemos, escuchamos música o soñamos, somos poderosos.

Propongo un ejercicio de poder. Compartiré aquí adelante algunas ligas con recomendaciones musicales, al mismo tiempo que propondré historias oníricas, para escuchar mientras soñamos, leer mientras dormimos, ser mientras duramos, porque la realidad es lo único que existe. Aquí y ahora:

Nombre de la obra: *Variaciones Goldberg*. Autor: Johann Sebastian Bach. Intérprete: Glenn Gould. Link para escuchar el audio mientras se lee el texto: <https://goo.gl/O29RWI>

Aeropuerto Tempelhof. Berlín. Entre la multitud amodorrada que baja del avión después de un vuelo de toda la noche, destaca una hermosa cabellera, marco rizado de una sonrisa que me hace dar saltos de alegría.

Ella llega justo a tiempo para el concierto que esta noche ofrece Glenn Gould con las *Variaciones Goldberg*.

—Fue una odisea —me cuenta—. Una hora y media luego de despegar en México,

nos regresaron porque uno de los motores estaba averiado. Me dieron una habitación en el hotel de enfrente y por la mañana un asiento en primera clase. En el transbordo, en el aeropuerto Charles de Gaulle de París, corrí y corrí para no perder el siguiente avión. Un guardia negro, elegantísimo y amable, me dijo en español: “Con calma, con calma”. Heme aquí.

La Sala Philharmonie luce radiante esta noche. Aparece el joven Glenn Gould. Se quita sus guantes de estambre ajado. Se sienta en su sillita que rechina. Aria inicial. El paraíso.

—Un momento —dice ella—. ¿No estábamos en Berlín? Esto es un estudio de grabación. Ah, mira, ahí viene Glenn, sin zapatos, sonriente. Ya se sentó en su sillita que cruje. Ya está canturreando lo que toca en el piano.

Glenn canturrea lo que toca en el teclado. Su melena peinada hacia atrás parece un nido de aves. Colibríes salen volando con la música. De pronto detiene la música y el escenario cambia, siempre en blanco y negro todo.

Esto de soñar en blanco y negro tiene un encanto único. Es como activar una cámara fotográfica Leica de 35 milímetros cada vez que respiramos.

Glenn está en su estudio. Estamos en su estudio. Su rendimiento en la *Variación 29* no le satisface. No encuentra el camino. Se pone de pie, camina hacia la ventana, observa los colibríes que liban. Se queda quieto y de repente ¡zas!, ¡eureka! Golpea su palma izquierda con el puño derecho, regresa corriendo al teclado y ¡ya está! *Variación 29* terminada. Él se queda inmóvil, como en una imagen de cine congelada, ojos cerrados, en éxtasis.

El colibrí que estaba en el patio sobrevuela nuestras cabezas. Volvieron los colores. El verde intenso esmeralda de su pecho brilla mientras de su largo pico ruedan bolitas líquidas rojísimas: su alimento.

Ahora me sobrevuela en la cara. El zumbido de su vuelo me despierta. El colibrí se posa sobre mi codo izquierdo, ya que mis manos están entrecruzadas en mi nuca y el ángulo de mi codo le resulta muy cómodo.

Suena el reloj despertador y el mecanismo echa a andar un reproductor de discos compactos.

Suena el aria inicial de las *Variaciones Goldberg* de Johann Sebastian Bach. Glenn Gould hace rechinar su sillita y canturrea lo que toca en el teclado. Eso es lo que se escucha en la bocina del despertador electrónico, una vez que ha concluido una noche de dulces sueños. Glenn Gould toma velocidad, las notas se suceden en estrépito. Un cántico.

El pitido leve del colibrí le hace contrapunto.

Brilla el sol. Es un nuevo día. ¡Feliz día a todos! Grito.

Nombre de la obra: *Wonderful Tonight*. Autor: Eric Clapton. Intérprete: Eric Clapton; vocalista: Katie Kissoon. Link para escuchar la música mientras se lee el texto: <https://goo.gl/S2WKs>

En casa. Anochece. En la intimidad, ella elige atuendo. Saldremos a cenar con amigos. Nosotros que no acostumbramos cenar.

Collares exquisitos. Elige uno. La sencillez es el signo de su belleza. Cuando pasa el cepillo por su larga, rizada cabellera, co-

mo ahora, la piel se me eriza. Hermosa. Es bellísima. Y sonrío. Me sonrío.

Suena *Wonderful Tonight*, de Eric Clapton, suavemente en los altavoces.

Y entonces ella me pregunta:

—¿Cómo me veo?

Respondo:

—Estás bellísima, mi amor.

El tema principal de *Wonderful Tonight* suena como un relámpago en la guitarra de Eric Clapton. Como un cometa, deja notas escanciadas en su camino: van cayendo, lentas, fosforescentes, plateadas y doradas y multicolores. Lentas, amorosas. Amorosamente lentas. Chabelita, nuestra gatita, las ve bajar y juega con ellas con sus dos manitas levantadas. Feliz.

Salimos. Cuando llegamos al restaurante todos voltean a verla. Esta hermosa mujer que camina junto a mí.

Y entonces ella me pregunta:

—¿Te sientes bien?

Le contesto:

—Me siento maravillosamente bien, porque veo la luz del amor en tu mirada y la maravilla de todo y la magia y todo el amor, porque te amo tanto y tanto.

Sonríe. Esplende.

Es hora de retornar a casa. De pronto siento un malestar físico. Le doy las llaves del auto. Ella maneja. Me lleva a casa. Me mete a la cama. Me arropa. El malestar crece. Hospital. Exceso de estrés. Acoso laboral. Neumonía. El sistema inmune estaba tan débil que pudo haber sido cualquier otra cosa. Pero fue neumonía, sorpresiva, insospechada. Días y noches de hospital. Ella me cuida todo el tiempo. Me dan de alta en el hospital. A iniciar la recuperación. Me lleva a casa. Llena el refrigerador de manjares que cocina para mí. Me cuida. Tantos cuidados. Tanto amor. La observo, experimento las más bellas de las emociones.

En los altavoces, Katie Kissoon vocaliza esas emociones positivas. Levanta notas agudas pero suaves, muy suavemente, como polen esparcido sobre flores. Conjunta en una sola, suave voz, las de Ligeia, Leucosia y Parténope, las sirenas que cantaron para Ulises y Butés, pero ahora se han convertido en seres de bien, seres que hacen bien con su cantar. Canta Katie Kissoon y las flores abren sus pétalos, los marineros

encuentran su rumbo, los enfermos recobran la salud. El mundo es vasto y bello.

Suena ahora, enternecida, la guitarra de Eric Clapton. Suena su obra maestra: *Wonderful Tonight*. Estamos en casa. Anochece. Buena salud. Nos disponemos a dormir. Mientras ella apaga la luz le digo:

—Mi amor, estás hermosa. Eres bellísima. Wonderful tonight and everynight.

Salud, prosperidad, amor. La vida bella. Los sueños convertidos en realidad, en la vida cotidiana. Aquí y ahora.

Nombre de la obra: *My Heart's In The Highlands*. Autor: Arvo Pärt. Intérpretes: Else Torp y Christopher Bowers. Link para escuchar el audio: <https://goo.gl/viYrOR>

Mi corazón se enaltece. La voz de la soprano danesa Else Torp se eleva hasta las montañas, recortadas sobre una luz brillante en el amanecer. Su canto flota sobre una alfombra mullida: las notas tintinnabuli que escancia el organista inglés Christopher Bowers. Paz interior.

El poema de Robert Burns, el poeta escocés romántico por excelencia, desprende sus versos como pétalos: “mi corazón está en las montañas / mi corazón no está aquí / mi corazón está en las montañas / en busca del ciervo / tras las huellas del corzo / doquiera voy, siempre mi corazón yace en las montañas”.

La mente va tras la voz hasta las montañas. Un hombre camina, su sombra recortada sobre una luz brillante en el amanecer, sobre el borde de las montañas, como en una proyección de teatro de sombras.

Ojos bien cerrados, posición de flor de loto, observo: el hombre que camina sobre las montañas se convierte en luz brillante. Las notas tintinnabuli, muy pocas notas, tres apenas, flotan como copos de nieve suavemente. Danzan lentamente con los versos: “adiós a las montañas cubiertas sus coronas por la nieve / adiós a los verdes valles allá abajo / adiós a los bosques y a las fieras maderas que se mecen / adiós a los torrentes y a las caudalosas aguas”.

Ojos bien cerrados, posición de flor de loto. Un hombre vuela por encima de los valles, las montañas, los bosques y las fie-

ras maderas que se mecen por encima de torrentes y caudalosas aguas. La mente es poderosa. El manual de Da Vinci para el vuelo es más sencillo de lo que parece: simplemente cerrar los ojos y dejar que la música de Arvo Pärt haga lo propio.

Mi corazón está en las montañas, en todas y cada una de las pocas, tres notas que suenan y se repiten y en sus intersticios corren aguas caudalosas, vuelan aves junto a seres humanos que están sentados, simplemente escuchando.

Mi corazón está en las alturas, mi corazón siempre está aquí. Doquiera yo voy.

Como en una ensoñación.

Nombre de la obra: *Gran Partita*, tercer movimiento, adagio. Autor: Wolfgang Amadeus Mozart. Intérpretes: sir Neville Marriner dirige a la orquesta Academy In The Fields. Liga para escuchar la música: <https://goo.gl/iprN41>

El niño está dormido. El libro cayó sobre su pecho suavemente, sin despertarlo. *Las mil y una noches*, alcanzamos a leer sobre la portada.

“La verdad no está en uno sino en muchos sueños”. Esa fue la frase que leyó en el libro y trasladó al niño al sueño. Sonríe, dormido.

Tiene en sus manos un clarinete, sopla y cuando el director le indica, sube el rostro hacia el cielo para elevar una nota sostenida sobre una cantinela lenta, apacible, de ensueño.

Sonríe. Cambia de posición su cuerpo suavemente.

Ahora camina sobre las calles umbrosas, curvas empedradas, de la vieja ciudad. Está en Praga. El traqueteo de las ruedas de una carreta lo hace voltear: sus amigos cortinas adentro traen un alborozo que contagia.

Se apea. Encuentra acomodo entre instrumentos musicales, faldas, flores y libros. Como en el pasaje de *Madame Bovary* donde ella y Léon cumplen el amor dentro de una carreta que deambula sin rumbo por la ciudad, ellos hacen la música.

De repente el sueño cambia, atributo laberíntico, a la escena de *Amadeus*, el filme de Miloš Forman, donde Antonio Sa-

lieri comparte el éxtasis que le produjo leer la partitura de Mozart, justo en el adagio de la *Gran Partita*: “fagotes, compases sencillos —dice Salieri, en éxtasis, viendo de frente a la cámara— y entonces, de repente, un oboe, una nota muy sencilla ahí pendiente, vuela, hasta que el clarinete toma el tema con mucha sutileza. ¡Qué deleite! Una música jamás antes oída. Es como escuchar la voz de Dios”.

El niño sonríe. Cuando cambia suavemente de posición uno de los varios libros que están sobre su cama cae al piso. Sor Juana, alcanzamos a leer en la portada.

“El sueño todo, en fin, lo poseía; / todo, en fin, el silencio lo ocupaba”. Esa frase también lo indujo al sueño, la música de Mozart naciendo de las bocinas.

A sus once años, el niño recitaba: “así, pues, de profundo / sueño dulce los miembros ocupados, / quedaron los sentidos / del que ejercicio tienen ordinario”. Antes de dormir ponía en el tocadiscos a sonar a Mozart y llevaba a la cama una pila de libros que leía al azar. Material de los sueños.

Mientras sueña, el niño empuña un clarinete. Con él vuela y a lo lejos, a lo bajo, ve elevarse a una niña que empuña un oboe, ese oboe que hace llorar de deleite a Antonio Salieri en *Amadeus*.

Amadeus, qué bonito nombre.

Así se llama el niño.

Nombre de la obra: *Cantus Arxticus*. Autor: Einojuhani Rautavaara. Intérprete: Filarmónica de Rotterdam. Liga para escuchar esta música: <https://goo.gl/lfqv15>

Llovizna. Afuera cae la llovizna. Manso el reflejo de las gotas escurriendo en el cristal de la ventana y forma espejo sobre las líneas del libro en las manos del muchacho, que se ha quedado dormido con el canto de aves del Ártico que incluyó en su sinfonía el compositor finlandés Einojuhani Rautavaara.

Cayó en profundo sueño y el libro quedó inclinado sobre su corazón. *Plaidoyer pour le bonheur. En defensa de la felicidad*. Alcanzamos a leer en la portada.

La cámara se aleja lentamente y enfoca las sandalias, sube por el manto rojo



y amarillo. Se detiene en la sonrisa. Es Matthieu Ricard.

“Con este libro cambiaste mi vida para bien”, le dice el joven al hombre rapado. Los dos sonríen.

—Vine de visita —dice Matthieu—. Quise venir a contarte una historia mientras duermes. Es acerca de un rey de la antigua Persia. Cuando asumió el poder le pidió a su amigo le escribiera la historia de los hombres y del mundo, porque quería extraer de ahí enseñanzas para conducirse correctamente desde su trono.

—El escriba —continuó su relato Matthieu— consultó a los historiadores más célebres, a los estudiosos más eruditos y a los sabios más respetados. Al cabo de cinco años, se presentó muy orgulloso en palacio:

“—Señor —dijo—, aquí tienes 36 volúmenes en los que se relata la historia del mundo, desde la creación hasta tu advenimiento.

“—¡Treinta y seis volúmenes! —exclamó el rey—. ¿Cómo voy a tener tiempo de leerlos? Tengo muchas cosas que hacer para administrar mi reino y ocuparme de las doscientas reinas de mi palacio. Por favor, amigo, resume la historia.

“—Dos años después —continuó sonriente su relato el monje budista—, el amigo regresó con diez volúmenes. Pero el rey estaba en guerra con el monarca vecino y tuvo que ir a buscarlo a la cima de una montaña, en el desierto, desde donde dirigía la batalla.

“El monarca dijo ahora que no tenía tiempo para leer diez volúmenes, pues estaba en guerra y le pidió abreviar más la historia.

“Cuando el escriba regresó con un solo volumen y la visión correcta de lo esencial, el rey estaba ocupado, ahora legislando. Pidió entonces la décima parte de páginas y prometió leerlas.

“Dos años después, cuando el amigo regresó con sesenta páginas, encontró al rey en cama, agonizando.

“—¿Y bien? —murmuró el rey, entre la vida y la muerte—. ¿Cuál es la historia de los hombres?

“Su amigo lo miró largamente y, en vista de que el soberano iba a expirar, le dijo: “—Sufren, señor”.

Mientras la música seguía sonando, Matthieu explicó el significado de esa expresión: el sufrimiento no es lo que muchos pensarán al escuchar esta palabra. No tiene que ver con lo que se da por entendido: no se sufre porque el novio o la novia te dejó, o porque te duele la muela, o porque pasó la mosca. El sufrimiento, dijo el monje sonriendo, existe en la mente, en las actitudes negativas, los sentimientos de odio, envidia, violencia. Quien odia sufre. Quien infringe violencia contra otro, sufre. El sufrimiento existe, como existen las causas del sufrimiento y el cese del sufrimiento gracias a la existencia de un camino, que consiste en una manera ética de vivir, en un aprendizaje continuo.

“Cuando te firmé mi libro y puse una dedicatoria, me dijiste que tu vida había cambiado luego de leerlo. Lo que te respondo es que tus palabras me permiten ubicarme nuevamente en el inicio del camino”.

En ese momento el muchacho despertó. Junto al canto de las aves en la sinfonía de Rautavaara, escuchaba el eco de las palabras de Matthieu Ricard.

¡Un monje budista, el considerado por los científicos como “el hombre más feliz del mundo”, un maestro, un sabio, me dice que las palabras de un aprendiz le ayudan a ponerse en el inicio del camino!, ¡vaya lección!

Volvió a poner entonces el libro frente a sus ojos.

Cuando terminó la lectura, volvió a cerrar los ojos, pero ahora no para soñar, sino para asentarse en actitud meditativa.

Volvió a ponerse en el inicio del camino. **u**